

1. Jesucristo ha de ser el fin último de la verdadera devoción a María.

María no es el fin de la vida cristiana. Es Cristo identificarnos con Cristo. Por eso decimos “A Jesús por María”.

María es un medio para llegar a Cristo, que es nuestro fin, a quien tiende nuestro corazón, nuestra alma, nuestras intenciones.

Dice el Santo “Jesucristo es nuestro único Maestro, que ha de enseñarnos; nuestro único Señor, de quien debemos depender; nuestra única cabeza, a quien debemos estar unidos; nuestro único modelo, al que debemos conformar; nuestro único médico, que ha de curarnos; nuestro único Pastor, que nos ha de alimentar; nuestro único camino, que ha de conducirnos; nuestra única verdad, que debemos creer; nuestra única vida, que nos ha de vivificar; y nuestro único todo, que en todas las cosas nos debe bastar. Debajo del cielo, ningún otro nombre se nos ha dado para que por él seamos salvos, más que el nombre de Jesús. Dios no nos ha dado otro fundamento para nuestra salvación, para nuestra perfección y para nuestra gloria más que a Jesucristo. Todo edificio que no descansa sobre esta piedra firme está fundada sobre arena movediza y caerá infaliblemente, tarde o temprano. Todo fiel que no está unido a Él como un sarmiento lo está a la cepa de la vid, caerá se secará y sólo servirá para ser echado al fuego. Fuera de Jesucristo, sólo hay extraño, mentira, iniquidad, inutilidad, muerte y condenación... Por Jesucristo, con Jesucristo y en Jesucristo podemos todas las cosas... Si establecemos la sólida devoción a la Santísima Virgen, es sólo para establecer más perfectamente la de Jesucristo y para ofrecer un medio fácil y seguro de hallarlo. Si la devoción a la Santísima Virgen alejase de Jesucristo, sería necesario rechazarla como una ilusión del diablo. Pero no es así. Si esta devoción nos es necesaria es porque sólo por ella podemos hallar perfectamente a Jesucristo, para amarle con ternura y para servirle con fidelidad”

Por tanto, la devoción a María no es obstáculo para la devoción a Cristo, como decían los jansenistas de Grignon. El mismo Vaticano II salió a defender la devoción a María con estas palabras: “La devoción a María, lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomenta” (LG 60)